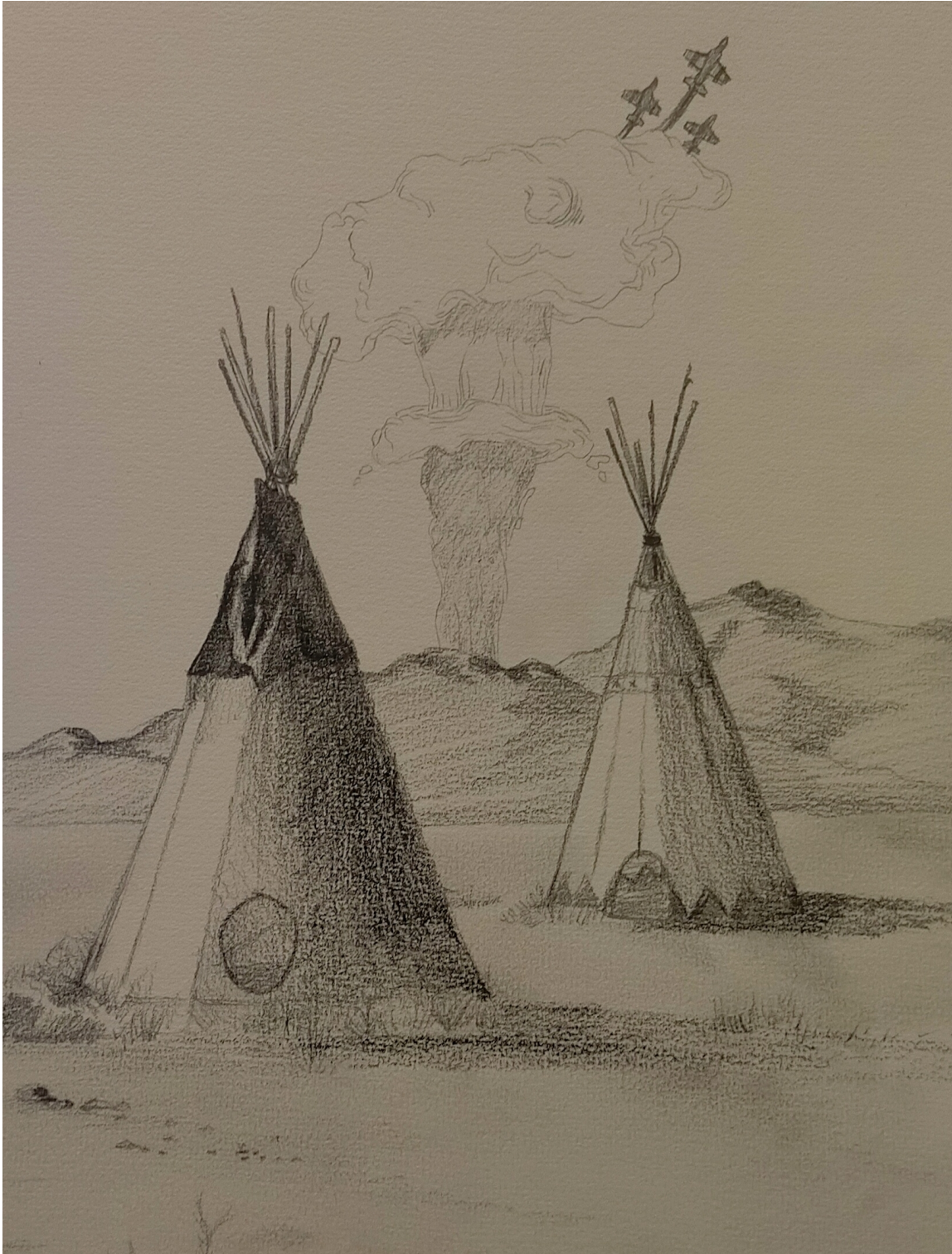


MEMORIAS DE TIPI

Andrés Varela Miranda



Capítulo 1

MEMORIAS DE TIPI

Como aquel día llovía copiosamente y no había mucho que hacer, decidimos prestarle atención al abuelo. Nos sentamos en círculo cerca de él y le observamos un buen rato en silencio. El abuelo era un hombre enjuto que estaba casi todo el rato fumando en una pipa que él mismo había tallado. Una obra tosca, de todos modos. Lo que fumaba no lo sé ni quiero saberlo, pero a veces desaparecía unas horas en el bosque y debía de traer sus hierbas escondidas entre la ropa. Solía venir con los ojillos rojos y aplaudiendo o silbando al son de canciones antiguas que ya no tenían sentido en el mundo en que nos había tocado vivir.

Esta vez permanecía en la posición del loto como si estuviera meditando. Tenía los ojos cerrados y una sonrisa idiota en la cara. Empezamos a cuchichear.

—Mira, está pensando.

—Yo creo que se ha quedado dormido.

—Nos está escuchando.

—El abuelo está más sordo que una tapia.

—Ya, claro. Menos cuando le interesa.

—Sí. Eso es cierto. Los sentidos le vuelven a funcionar cuando le viene bien. El otro día, jugando al parchís con dinero, contaba todo mal menos cuando le tocaba comer otra ficha. Ahí la vista le venía como por arte de magia y contaba con tal cuidado que daba hasta ternura verlo.

—Es un sinvergüenza.

—Y además fuma cosas raras. Cuando no está bebiendo ese líquido repugnante.

—Y a veces huele mal. Huele como a muerto.

El anciano comenzó a removerse en su sitio y abrió por fin los ojos de par en par. Cogió su pipa en forma de serpiente, nos observó uno a uno con detenimiento y después se levantó y nos dio una colleja a todos ceremoniosamente. Algunos de nosotros protestamos y dijimos que no habíamos hecho nada, pero él contraatacó con uno de sus sermones.

—Mi familia estaba compuesta por mi padre, mi madre y ocho churumbeles. Cuando hacíamos alguna travesura o nos portábamos mal mi padre empezaba a repartir collejas para todos, pues era un hombre muy ocupado. Es democrático, ahorra tiempo y crea cierta fraternidad entre las víctimas. Con esto quiero daros a entender también que todo en este mundo conforma un sistema y que el aleteo de una mariposa en Japón puede provocar huracanes en el Caribe. No se comprendió en su momento y mira cómo estamos, viviendo en tipis en medio de un mundo asqueroso. Vosotros no conocéis nada más, sois jóvenes y todo lo que véis os parece que ha estado ahí plantado siempre, esperando por vosotros...

Ariel, mi primo y el mayor de todos nosotros, se aventuró a interrumpir el discurso del abuelo y exclamó:

—¡Cuéntanos una historia, abuelo! ¡Una de romanos! He leído en unos recortes que eran los putos amos.

El abuelo observó a Ariel con satisfacción. Quizás era su favorito, quizás no nos distinguía ya. Lo cierto es que carraspeó, esputó con ganas a un lado, fallando por poco en darle a Maruja en plena cara y comenzó a contarnos la siguiente historia.

El general romano, todo plumas y metal, se abre paso a caballo entre sus hombres hasta la orilla del río y desmonta. Mira hacia el frente y luego valora la situación. Al parecer, corre el rumor de que han llegado al Leteo, el río del olvido. Permanece meditabundo unos momentos. La leyenda dice que el líder cruzó la corriente y llamó por sus nombres a cada soldado del ejército, así pudiendo completar sus conquistas. En este caso, el cabecilla sigue en silencio mientras comienza a cundir la inquietud entre la tropa. De repente, un hombre baja corriendo a la ribera y se tira en plancha al agua. Tras el estupor inicial por la acción, el resto de sus compañeros se lanzan también al río y beben como si no hubiera mañana. En unos segundos, un ejército entero de romanos se baña en las aguas del supuesto Leteo deseando olvidar toda la sangre derramada, las vidas arrebatadas, las ciudades arrasadas.

Dio una nueva chupada a su pipa y soltó el humo, que ya se concentraba densamente dentro del tipi. Aplaudimos al abuelo y le pedimos más historias de su juventud, historias anteriores al Gran Desastre. Nosotros habíamos nacido tras el Gran Desastre, del que teníamos alguna noción. Al parecer, una escalada de tensión nuclear había desencadenado que alguien pulsase un botón rojo en algún despacho y volasen pepinos en todas direcciones. Además, los humanos habíamos contaminado tierra, mar y aire de tal manera que pocos eran los seres vivos que habían soportado las nuevas condiciones. Paseando por los alrededores todavía veíamos aviones estrellados oxidándose, infraestructuras extrañas abandonadas y basura. Mucha basura. Basura urbi et orbi. La maestra del

poblado, Isa, solía decirnos con pena que una definición de basura era `materia fuera de lugar`. Ahora que la basura era tan abundante, el significado perdía su poder. Tal vez la basura éramos nosotros, decía con la mirada perdida en el horizonte.

Sin previo aviso, la cortina de la entrada se hizo a un lado y dejó entrar la luz del mediodía, sobre la que se recortó la silueta de nuestra madre sosteniendo una gran olla humeante. Salimos disparados a ayudarla y situamos el trasto en el centro. Era una especie de puré con trozos apuntando aquí y allá. Sonreímos y bailamos alrededor del caldero como si fuese nuestra primera comida caliente después de varias semanas y luego nos sentamos. Todo una farsa. Éramos conscientes en aquellos tiempos de que las habilidades culinarias de nuestra madre eran muy limitadas. Más adelante, sin embargo, mamá haría platos con los que nos chuparíamos los dedos. Pero por aquel entonces llamábamos `experimentos` a las comidas que hacía. Claro está, nunca decíamos esta palabra delante de ella, sino que era algo clandestino y cobarde. Así funciona una sociedad, supongo. Hay cosas que hay que esconder y otras que se dicen a pleno pulmón.

Esperamos al resto de la familia, si es que así podemos llamarla. Vivíamos juntos mi abuelo materno, mi madre, mi padre, mi tío, mis dos primos, mis dos hermanas y yo. Éramos un cuadro de familia, pero la gente que decide compartir una vida con otras personas no debe tener en cuenta las convenciones que podrían existir alrededor. He visto casos más extraños, como el de la profesora Isa, que vivía sola. El abuelo decía que Isa era una rara avis, un vestigio vivo de un mundo extinto.

Los ausentes. mi padre y mi tío, llegaron al fin y comenzamos a comer en silencio mientras todos, sin excepción, verbalizábamos halagos hacia la cocinera. Una vez acabada la comida, todos se tumbaron a echar una siestecilla mientras yo, en mi catre, dejaba entrar un rayo de luz por un agujerito entre las pieles y me ponía a escribir mis papeles, esos que ahora ordeno y entre los que he encontrado unas descripciones de las personas que más frecuentaba y que ahora completo. Vamos allá.

MI ABUELO

Aparte de lo dicho o evocado, era un hombre generoso. Generoso en lo material y con su tiempo, especialmente ahora que tenía todo el del mundo. Viudo. Su mujer había fallecido durante el Gran Desastre. Nunca se lo había perdonado a sí mismo, pero ignoro qué había ocurrido. Mi abuelo era un tipo alegre al que le gustaba hablar y disfrutar de la vida. Físicamente no era mal parecido y a sus años todavía mantenía buen porte y unas manos fuertes y nudosas. Sus dedos rectos eran su orgullo. Era moreno intenso en las partes expuestas al sol, es decir, cabeza, cuello y pecho y empeines de los pies. El resto del cuerpo era de un blanco nuclear. Sus ojos eran como dos rendijas y su nariz aguilina. En cuanto al

pelo, la frente la tenía despejada, pero un día nos dijo que de joven le llegaba mucho más abajo. Al señalarse a qué altura, midió mal y se indicó las cejas. Ese día nos reímos a más no poder, pues imaginarnos al abuelo con un felpudo hasta las cejas nos hacía pensar en un homínido peludo. Normalmente iba afeitado y vestido con sencillez: una camisa, unos pantalones y unas alpargatas. Cruzaba los brazos en la espalda para mantenerse erecto. Se reía aunque no te entendiese, en un exceso de empatía. Contaba chistes e imprecaba.

Decían algunos que una vez, mientras trabajaba, un superior le dijo que no le calentase. Mi abuelo, ante tal agravio, le espetó que si se calentaba que fuese al baño y se hiciese una paja. Lo que se suele decir un hombre con carácter. Y lo digo desde la admiración, pues yo siempre he sido de perfil tranquilo y conciliador.

MI MADRE

El pilar de la familia. Una mujer pequeña, pero fortísima. A veces sentía que podría desviar la trayectoria de un tren con tal de protegernos. Era también una centralita por la que pasaban todos los datos, desde los más insignificantes hasta los más importantes. Un cumpleaños, un roto en un calcetín, una mala cara, un olor de más. Todo era procesado por un cerebro prodigioso. Pero tal dispositivo necesitaba enfriarse o liberar presión de vez en cuando. Es así que había momentos en que explotaba como un huracán inesperado y se llevaba todo por delante. Trabajaba curando gente en los poblados cercanos. Ese era su trabajo a tiempo parcial, pues después llevaba las labores domésticas con mano férrea. Reconozco que es cierto eso de que no se aprecia lo que se tiene hasta que se pierde. Cuando la perdimos, un velo negro cayó sobre mis ojos. Pero eso es otra historia que todavía no toca contar. Me cuesta escribir de ella, el lector me perdone.

MI PADRE

Si tuviese que elegir un adjetivo para describirlo sería enigmático. Recogía material de distinta naturaleza en sus viajes y luego lo vendía restaurado. Una especie de anticuario, supongo. Recuerdo verle destripando objetos, encorvado hasta que creía que les había encontrado un sentido. Otras de sus muchas aficiones eran el coleccionismo, la jardinería y el deporte. Todo tipo de deporte. De hecho, jamás se le reconocerá, pero a él podríamos atribuirle la invención de un nuevo deporte que consiste en bajar ríos de montaña en tabla de surf y con casco de bicicleta. Bajaba él en traje de neopreno por el río repleto de corrientes y piedras mientras toda la familia le seguíamos con atención desde un alto con los prismáticos. Nos turnábamos. Mi madre no quería mirar y estaba rozando niveles de ansiedad y preocupación alarmantes. El resto de la familia nos sentíamos como en una fiesta, aplaudiendo y gritando. La aventura acabó bien y mi padre, mojado y feliz, agradeció nuestras felicitaciones cuando

bajamos a recogerle.

Era un hombre fuerte y en fotos antiguas parecía un chaval super desarrollado para su edad. En alguna sale al lado de mi tío, que aparecía como un chico enclenque y contento. Por el resto, nos parecemos más de lo que me gustaría asumir. Gafas, misma altura, mismo número de pie. Sin embargo, siempre hemos sido como el agua y el aceite y solamente en edades tardías conseguimos cierto acercamiento. Él era un hombre de método, de lo palpable. Yo, por otro lado, soy alguien con la cabeza en las nubes.

MI TÍO

El hermano de mi padre siempre estuvo ahí enseñándonos cosas y haciéndonos la infancia más llevadera. Solía ponernos música sobre chicos y chicas y vicios en un aparato. Era la banda sonora de su juventud, que extrañaba hasta más no poder. Decía que se llamaba rocanrol o punk o algo así. A nosotros nos sonaba aquello a melodías divinas y las cantábamos a pleno pulmón ante la mirada extrañada de otros niños. Ahora me acuerdo de algunas de las que más me gustaban. Hago una lista:

- Folla con él (Highway to Hell) de Siniestro Total.
- Pueblos del mundo, extinguiólos de Siniestro Total.
- Cadillac solitario de Loquillo y Trogloditas.
- Caramelos podridos de Los Ilegales.
- Agradecido de Rosendo.
- Dolores se llamaba Lola de Los Suaves.
- Todos mirando de Barricada.
- Cerebros destruidos de Eskorbuto.
- Juan Antonio Cortés de La Frontera.
- Cuando brille el sol de La Guardia.

La que más nos hacía chiste era la de Caramelos podridos y la parte en que el cantante repetía " soy un borracho" en el estribillo. Ahí se desataba la locura colectiva y se nos escuchaba en todo el campamento.

En cuanto al oficio de mi tío, fue un misterio hasta que descubrimos que era un acabador. Técnicamente se denominaba a sí mismo

administrador de alivio. Era un trabajo antiquísimo ya presente en la Cerdeña muy anterior al Gran Desastre y que consistía en facilitar el paso de la vida a la muerte a personas en situaciones delicadas. Nosotros, cuando al principio le veíamos salir con un martillo de madera enorme, pensábamos que se dedicaba a la construcción. Años después le llamaríamos Terminator con sentimientos de admiración y respeto. Hablaba poco de sus quehaceres laborales, pero cuando no estaba en el tipi corríamos a ver si su martillo estaba manchado. Siempre estaba limpiísimo, lo cual decía mucho a su favor.

Entiendo que el lector poco avezado considerará esto una práctica monstruosa, pero no hay duda de que su trabajo era prestigioso en la comunidad y de que cumplía una función social que pocos osaban ejecutar. Asimismo, no se han de juzgar unos tiempos desde una perspectiva ajena a las circunstancias del momento. El abuelo, no obstante, miraba con recelo aquel martillo y se mantenía lejos.

MIS PRIMOS ARIEL Y MÓNICA

Hijos de un hermano desaparecido de mi madre, vivían con nosotros desde que tengo uso de razón. Ariel era un chico altísimo y rubio con los ojos azules. Musculoso y guapo, era un portento físico que siempre ganaba todas las peleas con otros niños. Se le daba muy bien conseguir comida y amaba cazar con sus artilugios. Andaba siempre por ahí caminando y conociendo los alrededores. Su sueño era viajar por todo el mundo y vivir aventuras. Como era el mayor, bromeaba con nuestra inocencia.

Un día nos llevó hasta una zanja y con su índice enorme señaló algo allí abajo. Asomamos la cabeza y vimos los restos de un ángel. Era un esqueleto humano con alas. Ariel nos dijo que lo había descubierto mientras cazaba ratas. Solamente unos días después nos confesó entre risas que había puesto unas alas de buitre al esqueleto.

Otro día nos explicó cómo se elaboraban las aceitunas con anchoa y por qué eran tan caras de encontrar. Nos dijo que los olivos se plantan cerca del mar y sus ramas empiezan a curvarse hasta meterse en el agua salada. Es entonces que las anchoas, viendo un posible refugio en las aceitunas, se meten dentro y la aceituna, con un mecanismo peculiar y mortífero, cierra la válvula. Y listo.

Otro ejemplo, y ya el último, sucedió cuando íbamos caminando por el monte y encontramos una fuente con dos caños. Mónica, mis hermanas y yo nos lanzamos a beber indiscriminadamente de los tubos. Cuando habíamos saciado nuestra sed, Ariel, que fingía estar despistado, nos preguntó alarmado de qué caño habíamos bebido, pues la que era con gas provocaría una reacción en nuestro organismo y se nos quedaría el pelo blanco. Ya puede imaginar el lector lo preocupados que quedamos y las

veces que nos miramos en el espejo aquella noche y los días siguientes.

Mónica, por otro lado, era una chica dulce y reservada. También rubita y de ojos claros, era una persona muy empática y hacía preguntas inteligentes. Le gustaba cantar y bailar y siempre estaba sonriendo. Pero los años me han hecho ver que tras esa fachada había una persona que sufría mucho.

MIS HERMANAS MARUJA Y JULIA

Julia me sacaba dos años y yo otros dos a Maruja. Julia, pues, era la mayor. No sé si viene de serie para los hermanos mayores, pero la mía era seria y más o menos responsable. Maruja, por el contrario, era alegre, despreocupada y extrovertida. Siempre han sido mis mejores amigas y han ocupado un lugar esencial en la conformación de mi personalidad. Ambas tenían el pelo y los ojos castaños y se parecían a mi madre físicamente. Julia seguiría los pasos de mi madre y se dedicaría a la curación, mientras que Maruja terminó dedicándose a la decoración.

Si no profundizo mucho ahora es porque a lo largo de la narración iremos descubriendo nuevos rasgos de ciertos personajes de esta historia.

YO, SILAS

En este momento soy un anciano haciendo un esfuerzo ciclópeo para completar estos escritos. Hace unos días se me diagnosticó una enfermedad rara y me han augurado unos meses de vida. De personalidad bastante estoica, volví a mi casa, cogí unos papeles y me he puesto a escribir. Es curioso, pero el médico que me ha atendido ha debido expresarse mal. Lo único que tengo es que el tiempo termina por doblar hasta la espalda más recta. Eso no es tan raro sino todo lo contrario. Es ley de vida, como dicen algunos en los entierros casi riendo. Y tienen razón. Lo que me ocurre es que, afortunadamente, la muerte le llega a todo ser vivo.

Siempre me ha gustado escribir. De pequeño escribía textos desenfadados y hasta llevaba un diario que he recuperado y del que destacaría su monotonía. Más tarde continuaría con algún relato ocasional como terapia para combatir la soledad y la incomprensión que sentía. Un hombre alegre que escribe es algo raro. De hecho, debería estar prohibido estar contento y acercarse a un papel con un bolígrafo o un lápiz. Tampoco quiero añadir misterio y un aura maldita alrededor de esta actividad, pero sí creo que hay una relación entre calidad de ideas y tristeza. La creatividad necesita combustible y la ha de encontrar tanto en las luces como en las sombras.

Pero basta, veamos cómo se desarrollaba la vida después del Gran Desastre. Pretendo hacer una especie de relato autobiográfico mezclado

con sociología, antropología, psicología y cualquier otro campo que se me ocurra por el camino. Me disculpo por mi narración de antemano. Jamás he asistido a clases de escritura y lo que he aprendido ha sido de modo autodidacta. Para coronarlo todo, como la guinda al pastel, mi cerebro no es precisamente lógico. A pesar de todo, prometo que haré lo que pueda para llevar a cabo MEMORIAS DE TIPI.

UNO

El gallo de la vecina cantaba y nos marcaba la hora de levantarnos hasta que la vecina le retorció el pescuezo y lo metió en una cazuela. Ahora mi madre había tomado el mando y nos despertaba a todos a las seis de la mañana. Desayunábamos una taza de leche con semillas que recogíamos por el campo y los niños corríamos hasta el tipi de la profesora Isa. Mis padres y mi tío marchaban al trabajo también y mi madre, antes de salir, siempre le preguntaba a mi abuelo que qué iba a hacer. Mi abuelo debía prepararse las respuestas la noche anterior, porque siempre tenía una a mano. En realidad, se levantaba e iba hasta el poblado vecino a beber unas copichuelas con los amigotes. Aquel día mi abuelo dijo todo serio que iba a visitar el tótem de la colina para pedirle por la familia. Mi madre sonrió. Y es que mi madre no era muy religiosa, pero tenía debilidad por el tótem de la colina.

—Por la tarde podrías llevar a los críos. Ya tienen una edad para conocer nuestras tradiciones.

—Sí, claro. Por la tarde los llevo, hija.

—Perfecto. Bueno, papá, que tengas buena mañana. Pórtate bien.

Y mi madre salió. El abuelo se levantó del lecho, se dio lo que él llamaba un baño polaco (el culo, las bolas y el sobaco) y también salió a la luz del día con una sonrisa de lado a lado. Con la pipa en la mano, se metió en el bosque de roblecillos del oeste y desapareció.

Mientras tanto, en el tipi de la profesora Isa, aprendíamos y nos formábamos para el día de mañana por una maestra un poco depresiva. Y es que Isa no había superado el cambio que el Gran Desastre había traído consigo. Por ejemplo, un día empezó a enseñarnos distintas especies de animales con unas cartulinas que contenían el bicho en cuestión. Nos mostró un elefante, una ballena, un orangután y luego, de repente, se paró en seco dándose cuenta de algo. Para qué os doy información irrelevante, preguntó. Estos animales ya no existen, continuó diciendo. Luego empezó a pasar las cartulinas a gran velocidad y sacó solamente los animales que aún podíamos identificar en la realidad: lobos, ratas, camellos, cabras, ovejas, jabalíes...Nos lo hemos cargado todo sin piedad, dijo la profesora con una gota salada asomándose en el lacrimal. Luego retomó su letanía sobre lo mucho que habían cambiado las cosas para

mal. Nos lo sabíamos ya de memoria e iba más o menos así:

Aquel año la climatología se volvió adversa. Para los humanos, entiéndase. Los fenómenos naturales eran cada vez más extremos y sucedían en lugares insospechados. Las corrientes marinas variaron con la consecuente alteración de los ecosistemas. La humanidad seguía a su bola, contaminando a diestro y siniestro. Las manchas plásticas en los océanos eran cada vez más abundantes y ya era impensable no encontrar el derivado del petróleo en los análisis de la fauna y flora marinas. La temperatura varió varios grados y el nivel del mar subió varios metros. Y aunque algunos se frotaron las manos por tener una playa más cerca, la preocupación comenzó a circular entre alguna gente que trataba de abrirles los ojos al resto. Pero la mayoría de la población mundial seguía atontada frente a sus pantallas o patrullando centros comerciales en busca de una nueva oferta que les inoculase una falsa felicidad. Para qué contar que estallaron guerras por el agua dulce, los cultivos, paranoias territoriales o por desacuerdos sobre temas triviales. Las grandes potencias exhibían músculo armamentístico en vez de invertir en nuevas maneras de sostener la vida en el planeta. Un día, mientras la profesora se cepillaba los dientes, se cayó internet, una especie de red de información mundial. Internet dejó de funcionar. Las causas son aún desconocidas y había expertos, que para todo hay expertos, que mantenían que había sido debido a una tormenta solar. Otros estudiosos decían que había sido una maniobra de las élites dominantes para `regularizar´ la población mundial. Sea como fuere, una serie de malentendidos propició una guerra nuclear endemoniada de la que sobrevivirían unos pocos elegidos. Cuando el Gran Desastre hubo terminado, el polvo se alzó del suelo y el mundo ya no era lo mismo. Todos los avances hechos hasta la fecha por la humanidad quedaban reducidos a papel quemado. Los supervivientes construyeron un tipi y después de elegir un buen palo se pusieron a pastorear y varear árboles para alimentarse.

Esta era la versión de la profesora Isa. Pero cuando después hablaba con distintos adultos detectaba incongruencias. Era como si los mayores se hubiesen puesto de acuerdo para contarnos una cosa un día y al siguiente cada uno hubiese tirado por un lado diferente. Además, notaba cierta reticencia general exceptuando a la profesora y al abuelo, al que sabía que si le tiraba de la lengua podría sacarle alguna información. Pero hacerse preguntas sobre el origen de uno mismo es una constante en la vida humana, así que ya en mis días de escuela me prometí seguir indagando hasta dar con la verdad.

Cuando acabamos las clases, volvimos a nuestra morada y comimos con el abuelo. Nuestros padres y nuestro tío volvían un poco más tarde de sus trabajos. El abuelo se levantó y dijo:

—Vuestra madre me ha dicho que hoy es un día especial. Hoy váis a venir con el abuelo a ver el tótem. Pero antes voy a haceros un examen para ver si estáis preparados.

—Vale, abuelo.

—Vale.

—Genial, vamos allá. ¿Sabéis que es un tótem?

—Un tótem es un objeto sagrado.

—Muy bien, Ariel. ¿Y para qué sirve?

—Para echarle las culpas de lo que nos sucede.

—Maruja, no digas eso, mujer. Un tótem sirve para saber de dónde venimos y a dónde vamos.

—¿Vamos a ver un palo?

—Bueno, ya está. Si no queréis no vamos.

—No es eso, abuelo. Es que es una montaña muy alta.

—Iremos con calma. Haciendo paradas técnicas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, abuelo.

—Os recuerdo también que esto es un rito de paso a la edad adulta. Ya sé que tenéis distintas edades y que no todos tenéis ya pelillos abajo y esas cosas, pero así me ahorro viajes, que no estoy yo a mi edad para andar subiendo y bajando la maldita montaña.

—¿Llevamos algo, abuelo?

—Id abrigados, que arriba hace pelete.

—¿Pelete?

—Frío, coño. ¿Qué os enseñan en la escuela?

Cogimos pieles para cubrirnos más tarde y empezamos a caminar detrás del abuelo. Salíamos del poblado cuando un hombre de pinta regulara y desdentado le preguntó a mi abuelo si tenía algo de verde o de marrón. Mi abuelo le susurró algo al oído y proseguimos. Maruja se adelantó y le

preguntó al patriarca si era pintor.

—¿Pintor?¿Por qué dices eso?

—Ese señor te preguntó si tenías algo de verde o de marrón.

—Ah, sí...Le tengo que dejar unas pinturas. Eso es. Unas pinturas mágicas.

—¿Tú también pintas?

—¡Claro! ¿Nunca te he enseñado mis dibujos?

—No, abuelo.

—Un día te enseñó uno, ¿vale?

—Sí, abuelo.

Vencíamos nuestro peso hasta la cumbre haciendo pausas ocasionales. El abuelo sacaba su pipa, echaba un par de caladas y hablaba con nosotros. En un momento, mientras veíamos la llanura, mi abuelo pasó un brazo por los hombros de Julia y le dijo:

—Un día todo esto será tuyo.

—¡Qué bien, abuelo!

—¿Y a mí, abuelo, qué me toca?

—Aquel valle que se ve al este, Mónica.

—¿Y yo, y yo?

—A ti te dejaré el canal y el bufadero, Maruja.

Y Maruja se quedaba contenta y orgullosa sin preguntarse qué demonios sería aquello.

Llegamos al fin a la cima y nos acercamos a unos peñascos. Cerca de allí había una especie de taquilla y nos atendió un hombre con los ojos pequeñísimos y una nariz grandota que vibraba ligeramente. Parecía un topo. Mi abuelo pidió seis pases para el tótem y una puerta que hasta ese momento había permanecido oculta se abrió. Dentro todo estaba oscuro. Mi abuelo nos dijo que no tuviésemos miedo y nos animó a pasar dentro. Se trataba de una cueva bastante grande y una luz tenue proveniente de pequeñas claraboyas localizadas en el techo. De imprevisto, vimos al tótem en el centro de la estancia. Era de un material extraño y estaba

decorado con animales. Pude descifrar unas alas, un pico, unos ojos de mamífero y una cola de reptil. Nos sentamos en unos bancos de madera que había contra la pared y esperamos mirando impacientes y desorientados al abuelo. Mi abuelo sonrió y con las manos nos pidió calma. Luego, todo se oscureció y ya no entraba luz por las hendiduras del techo. De repente, una luz artificial surgió del tótem y proyectó imágenes en la pared opuesta a nuestra posición.

Aquello nos maravilló. Era la primera vez que veíamos algo así. El muro había atrapado escenas que yo adiviné de otros tiempos anteriores. En aquellos momentos no poseíamos el vocabulario para describir lo que nuestros ojos observaban con atención. Era la primera vez que teníamos una película delante. Y no era una película cualquiera, era una selección de momentos cotidianos y estelares de la humanidad. Vimos una señora dudando qué comprar en un supermercado, vimos elefantes pastando en una sabana, y telefonistas con auriculares, y dos novios besándose, y hordas de bañistas en una playa, y señores trajeados estrechándose las manos sonrientes, y un hombre disparando a otro, y un recién nacido, y una nube en forma de hongo. Y cosmonautas y ríos contaminados. Y pintores famosos y vanidosos. Y libros quemándose en una hoguera. Y una calavera. Y una rosa. Las imágenes te daban una de cal y otra de arena.

Luego, la película se paró y todo volvió a sumirse en la oscuridad hasta que una voz tronó en el centro de la cueva. El tótem se iluminó de manera leve y la voz potente comenzó a decir algo así como que el futuro nos pertenecía y que era hora de comenzar de nuevo y bla, bla, bla. No recuerdo bien las palabras pronunciadas y, no obstante, recuerdo que me pareció un discurso pastoso sobre el porvenir y la esperanza. Y yo, que siempre he sido un nihilista en cierto modo, allí estaba con una mueca de desaprobación mientras mis hermanas y primos flipaban.

En el exterior, la temperatura había disminuído con la llegada de la tarde casi noche. Comenzamos a bajar hacia las luces del poblado. El abuelo iba primero y después seguíamos el resto. Yo iba en último lugar, haciéndome más preguntas que nunca. ¿Por qué nos habían hecho ver aquel vídeo? ¿Qué tenía que ver con la madurez? ¿Qué intereses había detrás? ¿Qué había ocurrido realmente? Las dudas y preguntas se acumulaban en mi cabeza.